

**COLETTE SOLER**  
**“LACAN, LECTOR DE JOYCE”**

*(PUF, París, 2015. pp. 19-43)*

Traducción de Pablo Peusner

**SÍNTOMA, SÍNTHOMA**

Es difícil entrar en la lectura del seminario *Joyce el síntoma* sin referencias previas porque Lacan lee a Joyce en función de sus elaboraciones del momento. El término síntoma, por ejemplo, del que dio una nueva definición el año anterior, en *RSI*, ha renovado de tal modo su uso que bajo su pluma ha cambiado de sentido.

En principio situó el asunto en perspectiva respecto de Freud. Lacan, es conocido, retornó a él en contra de lo que se habían convertido los analistas de su época, lo anunció fuertemente, incluso se autorizó, pero también es mucho lo que de Freud se apartó y corrigió. Concretamente es el caso del Edipo, el que tomó en consideración pero muy rápido criticó, a veces de forma virulenta, para objetarlo, pero no con el espejo del anti-Edipo sino con un “más allá del Edipo”, cuya primera figura, no lo olvidemos es... la mujer en tanto que “no toda” en el Edipo<sup>1</sup>.

**La novela de Freud**

Al principio del psicoanálisis estaba, me permito decirlo así, la “novela de Freud” (AE. p. 309). Pero lo propio de la novela es contar historias. Freud se inclinó hacia las que les contaban sus analizantes. Por otra parte, para todos, el sueño también se cuenta como una historia, a menudo bizarra. Pero también está allí nuestro soñar despierto, el que Freud nombró con precisión “la novela familiar del neurótico”. Es siempre la novela de la infancia desdichada cuyos deseos más ardientes han quedado insatisfechos. Esta aparece en las subjetividades de los adultos que muy frecuentemente siguen siendo el niño que fueron<sup>2</sup> a punto tal que podemos hablar de “el niño generalizado” (AE. p. 369). En el corazón de esta historia rememorada, a veces mitificada, de la que cada quien porta las huellas, Freud, vía el desciframiento de los síntomas, ha no obstante reconocido la presencia de un núcleo ignorado, la fijeza de una especie de escenario que habita a cada hablante, que se cuenta en todas sus palabras y todos sus actos, y que el propio sujeto ignora, hasta que un análisis eventualmente se lo revele. Este se denomina, según Freud mismo, fantasía. Lacan habla de

---

<sup>1</sup> Soler, C. *Ce que Lacan disait des femmes*, Paris, Champ Lacanienne, 2003. p. 17 y ss.

<sup>2</sup> Soler, C. *Ce qui reste de l'enfance*. París, Champ Lacanienne, 2013.

fantasía fundamental. Una especie de novela en la novela, un invariante de la memoria histórica, que amarra los deslizamientos dialécticos del sentido. Decimos que la fantasía es el “sentido único”, que sustenta al deseo y regula todas las relaciones de un sujeto con los otros y con Otro del discurso. Sentido único, pero que gira en círculos como en la historia cómica de Raymond Devos. Y Freud afirma que para cada uno no hay más que un único deseo inconsciente, indestructible, a interpretar, y especialmente en los sueños. Pero curiosamente agrega que un único sueño totalmente interpretado daría por sí solo el sentido que orienta una vida entera. A esa novela de la fantasía, Lacan pudo denominarla *real* en su seminario *La lógica de la fantasía*, porque su constancia la sustrae a la dialéctica del relato lenguajero y la ubica por eso en posición de postulado, que no varía, punto de anclaje de todas las historias que cada quien se cuenta sobre sí mismo y sobre su propia vida.

¡Y Dios sabe que se cuentan historias! Primero a los niños, pequeños y grandes, cuentos de hadas, historias de terror, historias de un Papá Noel que no existe. Sabemos de la resonancia emocional en la infancia de ese momento en que un pequeño verifica que “Papá Noel no existe”: rabia por haber sido engañado con la mentira de los padres, rechazo a creer la verdad, lamento por el sueño perdido, y a veces encontramos la falsedad de un pequeño pícaro que hace semblante de creer aún en eso para preservar a sus padres que desearían mucho creer que él todavía cree. El problema es que para el hablante todas las historias mienten sobre lo real de lo que se encuentra separado por lo imaginario y lo simbólico. A lo mejor dirán algunas verdades, algunas “*variedades*” dice Lacan condensando “*variedad*” y “*verdad*”, pero la verdad miente, tiene estructura de ficción. Sin embargo, de alguna manera es una mentira sin mentiroso, un destino instaurado para nosotros por lo imaginario y lo simbólico en tanto que separados de lo real –este último fuera de lo simbólico y del sentido. Recurrimos entonces a la verdad que se dice en la estructura del lenguaje como a un *par(e)él*, y para remediar (*parer*) la angustia de lo real.

Se verifica hoy en día, en nuestra actualidad: a mayor cantidad de “acontecimientos de lo real” producidos como consecuencia de la ciencia, ya sea tanto a nivel económico como militar y biológico en la organización capitalista del mundo –acontecimientos que angustian–, más son requeridas las historias como antídoto. Incluso las historias que dan miedo, las que inventan desastres inéditos, darían a pensar que lo peor fascina, pero son barreras a la inminencia de las catástrofes reales. Nuestra época las empuja al extremo, creyéndolas más verdaderas, pero es un error, porque también mienten. Es el caso de todas, ya sean individuales o colectivas, desde las más oscuras que se pueden imaginar hasta aquellas que creemos no poder imaginar, a saber la de la gran historia de nuestro mundo que, aunque apoyada en los hechos, no escapa sin embargo a los límites del relato. El afrontamiento actual de las diversas memorias históricas sería aquí la prueba si hiciera falta alguna. Esta historia justamente, Joyce la sostenía como engaño, y la veía incluso como una historia de pesadilla. Lacan escribe *hystoria* con “y”, como en la histeria (en francés: *hystérie*), para incluir la falsificación, la ficción.

Curiosamente, tenemos la sospecha hoy en día, se percibe que el pensamiento de la historia no es la ciencia, que no alcanza lo real. Tal vez es así porque, más que en otro, el siglo pasado fue despertado con sobresalto de su pensamiento utópico al chocar con la pesadilla tan real de lo impensable de los totalitarismos exterminadores. En cuanto al siglo que comienza, sus llamadas crisis incontrolables podrían enseñarle también los límites del verbo político. Sin duda es por lo que el llamado a las historias está en su apogeo. ¿Para qué

podrían servir? Para comprender al mundo, se dice. Es un gran tema hoy en día: “Los ciudadanos, debería decir los electores, no comprenden, hay que explicarles”. *Telling Story*, así lo denominan en la comunicación, fabricar una buena historia, un buen relato, pero eso no funciona tan bien porque, por todas partes, se sospecha la mentira, y también porque, sobre todo, no es la ficción la que permite realmente tratar lo real.

En cuanto a Freud teórico, él también nos contó una historia, su novela de las novelas familiares, como diríamos el catálogo de los catálogos que, tal como sabemos desde Bertrand Russell, no deja de implicar algunas paradojas lógicas. Su novela de las novelas es su Edipo, la ficción de las ficciones de toda la progenie de Edipo, de Antígona a Hamlet, hasta... el analizante *lambda*. Esa novela que se cuenta en historietas es el fruto, dice Lacan, de “sus amores con la verdad” (AE. p. 309), la verdad que, ella también, habla e incluso no hace sino eso. Para su novela del Edipo, ciertamente tomó prestado el modelo del teatro antiguo, pero es porque creía escucharlo de boca de sus histéricas, luego de haberlo detectado en sí mismo por su llamado autoanálisis, y le parecía algo de todos los tiempos. ¿Cómo ignorar que esta evidencia hoy en día, en 2014, ha recibido un golpe?

Lacan, al inicio, ha cambiado gentilmente la tesis, escribiéndola con su famosa metáfora paterna. Luego, habló de “mito”, más noble que la metáfora novelesca porque el mito apunta a decir un real que lo simbólico fracasa en aproximar. Se trataba ya de una rectificación. Finalmente, a medida que iba avanzando, recusó al Edipo, y a veces de manera insistente y virulenta, especialmente en el seminario *La Angustia* donde machaca sucesivamente: es un señuelo, una comedia, no sirve para nada en el análisis, es secundario. Y después, al final, lo interpretó como un síntoma, e incluso, cuando se trata de *Tótem y Tabú*, un síntoma producido por la neurosis de Freud. Lacan tomó a su cargo tener que concebir nuevos aires para la función del Padre, cuya presencia en la experiencia de toda nuestra tradición no puede ser borrada, incluso si hoy en día ya no puede “mantenerse en cartel” como lo dice. De hecho, intentó repensarla como una función... no edípica, real, a la vez lógica y existencial. Volveré sobre ello.

Entonces, una pregunta: ¿el síntoma miente? Hubo un tiempo en que Lacan formulaba que tenía a la verdad como causa (E. p. 870). Lo que no es sino una medio-verdad, y por eso tuvo que agregar: el síntoma viene de lo real.

## **Lo que no miente**

En medicina, el síntoma es un signo, signo de una enfermedad o de una disfunción que se trata de reducir. En la acepción común, el síntoma es más bien del orden de lo que falla, de lo que impide que las cosas anden redondas. Es una manifestación inoportuna, anómala, que se impone y que se quiere igualmente reducir. Se lo nombra mucho más todavía hoy en día, sobre todo en la esfera anglosajona, con otros términos, tales como desorden o problema que acentúan su carácter de anormalidad. Al principio, para Freud, que heredaba las clasificaciones psiquiátricas de la época, los síntomas que se ponían en la cuenta de las “enfermedades nerviosas” fueron pensados como signos de la neurosis, signos de una represión de las pulsiones que retornaban por vías dolorosas. En todos los casos, si bien de formas diferentes, el síntoma es entonces pensado como un problema y, por eso, como algo a resolver; y para el psicoanálisis un problema que tiene una parte ligada con la

sexualidad en razón de la implicación de las pulsiones. Conocemos la tesis *princeps* de Freud acerca de los síntomas en las neurosis: son sustitutos de un goce sexual.

Un siglo de psicoanálisis y la contribución de Lacan han producido un espectacular giro, propicio a todos los malentendidos si no se sigue su construcción. En resumen, eso que se nombra síntoma en sentido clínico, aquel que se le presenta al analista como lo que no deja de imponerse al sujeto, bajo la forma de un “no poder” dejar de pensar, hacer, sentir en su cuerpo; ese estar invadido por los afectos, etc., todas esas cosas que perturban las relaciones con los otros, ya sean subjetivas o corporales, pues bien, ese síntoma impedor que le hace problema al sujeto es una solución.

Solución de otro problema que no es propio de la neurosis sino genérico, característico de esos seres afectados de un inconsciente que habla que son los humanos. Este se enuncia desde que Lacan nos dio su fórmula, a partir del descubrimiento del “dicho de lo inconsciente” (L’*é.*, p. 10) por Freud: “No hay proporción/relación sexual”, sobreentendiendo, inscribible por el lenguaje. Hay pulsiones no obstante, esas pulsiones parciales que Freud puso en evidencia, cuyo anclaje sobre las zonas erógenas y las metas están programadas por la operación del decir. A un decir del Otro original que demanda, por ejemplo, que la boca se abra a la nutrición, el cuerpo responde. Este hace eco por la erogeneización de la boca, la que desde entonces ninguna nutrición podrá colmar. Así se engendran las pulsiones pero, en perjuicio de todos los discursos sobre el amor, no hay decir para indicar el partenaire sexuado con el cual el cuerpo haría eco. No hay pulsión genital, dice Lacan repitiendo a Freud, quien desde 1915, en una nota agregada a sus *Tres ensayos sobre la sexualidad*<sup>3</sup>, subraya que la heterosexualidad era un problema que tenía necesidad de ser esclarecido.

¿Qué quiere decir “no hay proporción/relación sexual? Ciertamente hay significantes acoplados en el lenguaje, significantes del sexo, hombre/mujer, y de la generación, padre/madre, y también todos aquellos que erigen los ideales correspondientes a la virilidad o a la femineidad, a la maternidad y a la paternidad. Los discursos intentan por cierto aparear esos significantes, pero su apareamiento no funciona para el sexo más allá de un parecer, *pare-ser*, porque no son sino semblantes que proyectan todas las manifestaciones de la diferencia de los sexos en el registro del teatro, incluso la comedia. Esto no impide que los cuerpos biológicos sexuados entren en el cuerpo a cuerpo, es un hecho. Pero también es una pregunta: ¿qué preside esa aproximación de los cuerpos heterosexuales considerando que el lenguaje no inscribe ninguna pareja de significantes que se corresponderían a los goces capturados en el coito sexual sino a uno solo, el falo? ¡Es el supuesto escándalo del descubrimiento freudiano! Las pulsiones están ahí ciertamente en juego, las que no dudan jamás de su objeto, ya sean orales, anales, escópicas o invocantes, pero su objeto no es el partenaire del sexo, sino solamente un objeto denominado por la teoría como “parcial”, pieza separada del cuerpo, seno, excremento, mirada o voz. Al contrario, a nivel de la relación entre los cuerpos, no hay pulsión genital para designar al objeto que respondería a la falta de gozar sexual del hablante, porque, cito, “el partenaire del goce (sobreentendido, sexual) es inaccesible al lenguaje”. Si el sentido sexual está por todas partes según Freud, es que la proporción/relación sexual no está en ninguna. De allí la

---

<sup>3</sup> Nota 13 de la primera parte.

cuestión de saber qué es lo que corrige esta carencia inscrita en la estructura y que vuelve posibles las relaciones electivas que efectivamente hay entre los seres sexuados.

Al final de su enseñanza, Lacan responde que se trata de ese producto de lo inconsciente que es el síntoma. Este tapon a la hiancia del “no hay”, la carencia de la proporción/relación sexual. El Otro, el partenaire estándar del goce sexual, falta; pero el síntoma propio de cada uno suple, promueve gracias al lenguaje un elemento singular que condensa el goce sustitutivo en la relación de los cuerpos. Una primera consecuencia de esta estructura se impone: no hay sujeto sin síntoma. A falta de una proporción/relación inscribible, solo tenemos al síntoma producto de lo inconsciente para fijar el modo privilegiado para cada uno de lo que produce su goce sexual sustancial, incluso cuando en tanto que sujeto está sometido a la gran ley de la falta en ser. Entonces, el síntoma es una función –función lógica– de excepción respecto de la deriva metonímica infinita de las pulsiones parciales: ancla, fija el goce, *fixión* (‘fijación-ficción’) dice Lacan, mientras que el cifrado inconsciente no cesa de desplazarlo en la serie de los signos.

Por ahora no justifico la tesis ni la ilustro, solo la enuncio. Pero a partir de ese paso, podemos evidentemente preguntarnos cómo Lacan pasó de las primeras afirmaciones de Freud sobre la función del síntoma como “sustituto de una satisfacción sexual”, a las fórmulas que acabo de recordarles brevemente.

En los términos de Freud, la noción misma de “formación de compromiso” y de sobredeterminación del síntoma hace de este un retorno enmascarado de un goce reprimido. Así, es a la vez goce actual y memorial lenguajero de las experiencias pulsionales. Por eso es transformable mediante el trabajo de la palabra analítica, Freud lo demostró de entrada. El inconsciente en juego en la técnica freudiana del desciframiento está entonces “estructurado como un lenguaje” y, por eso, estamos seguros de que la lógica del lenguaje opera en la reducción terapéutica de los síntomas, lejos de ser allí ignorada. No obstante, esta reducción deja subsistir una parte irreductible. Esta se percibe por ejemplo perfectamente en el gran caso de “El hombre de las ratas” que Freud presentó: curado de su obsesión, no solamente no está curado de su neurosis, sino que la rata, ese término condensador de goce, presente en su inconsciente desde su juventud, está siempre allí. Lacan intentó dar cuenta de lo que el síntoma comporta de inamovible más allá de las reestructuraciones posibles de lo que llamaba su “envoltorio formal”, a saber el envoltorio de los significantes asociados. En lo referente a la rata en su caso, Freud nos señaló la serie destacable: el excremento, el dinero, el niño, etc., pero la rata es inamovible. De hecho, fenoménicamente, la fijeza de los síntomas contrasta con las formaciones efímeras de lo inconsciente que son el sueño, el lapsus, el acto fallido, a lo que es necesario agregar el chiste. Este contrasta también con lo que es propio del lenguaje, a saber la sustitución metonímica de los signos, siempre posible, sin finalización, y de la que brota el sentido. ¿Acaso no es porque en el síntoma el significante está *casado*, si puedo decirlo así, con otra cosa, precisamente eso que Lacan llama el goce en su diferencia con el simple placer, que el significante se encuentra transformado? El goce, al investir un término, un elemento del inconsciente, uno de sus significantes, lo sustrae así de la cadena de las sustituciones incesantes del cifrado. Lo transforma en “letra”, elemento lenguajero fuera de sentido, real, solo susceptible de fijar siempre el mismo ser de goce. En el síntoma, entonces, el

significante se hace letra, letra única por “ser idéntica a sí misma”<sup>4</sup>, allí donde el significante es siempre, por estructura, diferencial. La letra es entonces el punto de detención de la combinatoria, e incluso del brillo de lo que Lacan llamó, alguna vez, el “cristal lingüístico”. Tal era la definición del síntoma en *RSI*, en enero de 1975, en contraste con el síntoma definido en “La instancia de la letra...” como metáfora del trauma, ese que daba razón de la envoltura formal mediante la sustitución significante que comporta. Era una etapa decisiva de las últimas elaboraciones de Lacan sobre esta cuestión del síntoma. Esta permite ya captar que, cuando Lacan formula “Joyce el síntoma”, no nombra una patología sino una solución.

El inconsciente como efecto del lenguaje objeta la proporción/relación sexual, con su “*Hayuno*” y ningún otro, pero con un otro dado produce lo que la suple: el partenaire-síntoma. Que “no hay proporción/relación sexual” la experiencia lo atestigua, al menos en el hecho de que no toda mujer conviene a todo hombre y recíprocamente, ¡gran evidencia! No hay programa. Pero para cada sujeto la elección del partenaire obedece a condiciones que le son propias y que están presididas por el inconsciente. Por eso está justificada la expresión del partenaire-síntoma para expresar que ese partenaire, encontrado por el azar de los accidentes de la vida y que es condición de goce, está él mismo también condicionado por algún rasgo de lo inconsciente. Así Lacan puede afirmar que una mujer es un síntoma para un hombre (*RSI*, 21 de enero). Por otra parte, justamente por eso, lo que clásicamente se denominaba elección de objeto es analizable, tanto como las otras fijaciones de goce síntoma, tales como la obsesión, conversión, fobia, etc. Freud lo había captado correctamente. Sin embargo, todas sus tentativas para dar cuenta de las singularidades de la vida amorosa convocan al Edipo y, por eso, estaba ya planteada la cuestión de saber precisamente para qué supuestamente servía ese padre del Edipo.

### **El Padre del nudo**

Vuelvo a partir de la forclusión más radical, genérica, causada por el lenguaje, que es aquella de la proporción/relación sexual –dicha en los términos que Lacan utilizaba en sus inicios: no hay pulsión genital. Pulsiones parciales sí: oral, anal, escópica e invocante, pero no pulsión que empuje al acto sexual, nada del inconsciente permite pensar que el ser sexuado del hombre y de la mujer estén hechos el uno para el otro ni para unir sus goces. Con el Eros freudiano se soñaba con hacer uno, se aspiraba a la fusión, pero hay un agujero (*trou*) en el lenguaje que Lacan llamó jocosamente *troumatisme* (en vez de *traumatisme*), una “carencia central” como también lo dice. Así entonces, en efecto, las relaciones sexuales entre los cuerpos piden una explicación. Según el propio Freud –que sin embargo no se expresaba en tales términos– era el síntoma llamado edípico el que, vía las identificaciones al padre o a la madre, se suponía presidiendo la posición sexual de cada uno y ratificaba su inscripción en la Ley. Así postulaba que la realidad sexual dependía de la realidad psíquica.

Con años de distancia y dando un gran salto teórico, ese síntoma es el que Lacan llamó finalmente la “*père-versión*”, padre-versión, con dos palabras, la versión padre del síntoma, de un padre, entonces, cuyo deseo y decir inscriben un modelo de

---

<sup>4</sup> V. al respecto la lección del 21 de enero de 1975 del seminario *RSI*.

proporción/relación con una mujer que compensa la no-proporción/relación sexual (*RSI*, 21 de enero). Es el ejemplo de una regulación específica de las relaciones entre los sexos y las generaciones, en la cual una pareja heterosexual, un hombre y su mujer, asume una descendencia.

Es en 1975, en *RSI*, que Lacan formula explícitamente que el Padre es un síntoma. La tesis supone evidentemente que haya sido formulado antes el “hay no proporción/relación sexual” porque es esa falta la que permitía concebir que la modalidad de goce de un padre sea síntoma de suplencia, como lo planteaba en la lección que acabo de citar. Suponía también, y es menos aparente, que la función del decir en la sexuación haya sido formalizada. Esto ocurrió en “El Atolondradicho”, en 1972. No entro en la complejidad de la tesis, solo señalo que esas dos dimensiones, la del goce y la del decir, hacen conjunto para Lacan en la noción de... *sínthoma*, introducía justo después de *RSI* a propósito de Joyce, y desde las primeras frases del seminario *El sínthoma*. Después de algunos tanteos, Lacan definió allí al *sínthoma* como el decir que permite anudar las tres consistencias de lo simbólico, lo imaginario y lo real, y el padre es *sínthoma* en tanto que, por el decir, nombra, especialmente su descendencia. Lacan habla de cuidado paterno. Si el padre no es solo un tipo de síntoma de goce sino también un decir *sínthoma*, opera también en otros niveles que el sexo, concretamente en el de una cierta transmisión.

Es lo que implicaba ya la metáfora edípica que debería permitir a un sujeto asentar el primer estrato de su base identitaria gracias al significante del falo, y resolver así lo que Lacan llamaba “el enigma” de su “inefable y estúpida existencia” (E. p. 549), tanto como “su ser de viviente” (E. p. 552) inscribiéndolo en un linaje de deseos tan reducido como sea. No se puede ignorar evidentemente que esa regulación-tipo, a la que se identifica por otra parte tontamente con la estructura de la familia conyugal, está hoy en día puesta en cuestión en nuestra cultura. Quedarían entonces en suspenso las preguntas acerca de saber cómo, a falta de esa regulación, un sujeto puede asegurar su base identitaria, y con que partenaire puede arreglárselas, incluso sostenerse. Clínicamente, podemos seguir esta problemática y la respuesta que fuera allí aportada por el delirio en el caso de Schreber de Freud, tal como fuera retomado en “De una cuestión preliminar...”, mucho antes de las fórmulas de 1975.

Más allá de la metáfora, con esta tesis del partenaire-síntoma y del padre como síntoma de suplencia, se capta que la forclusión generalizada de la proporción/relación de los sexos puede ser compensada, (1º) ya sea en las vías que fueron las clásicas, aquellas de la *père-versión*, (2º) ya sea –por lo contrario– redoblándose con los efectos de la falta de ese síntoma-padre, a menos que, (3º) tercera posibilidad, alguna otra solución síntoma de suplencia intervenga.

Si insisto con el orden de las proposiciones de Lacan es que su secuencia es inseparable de su inteligibilidad. Esto no es raro desde el momento en que una obra avanza auténticamente en un *work in progress* como lo hace Lacan, pero su particularidad, incluso su dificultad, se sostiene en su dialéctica. Debería decir en una ausencia aparente de cuidado didáctico, al menos en esta época de su enseñanza, y tanto más curioso porque contrasta con los llamados repetidos a su auditorio para recibir su eco, concretamente, en el año de *El sínthoma*. Pero a partir de los años 1970, la cuestión se complejiza más con el nuevo esquematismo del nudo borromeo y las mostraciones y comentarios que le dedica. Queda al lector seguir el hilo o los hilos, nunca al rojo vivo, incluso a menudo enredados,

de un texto donde se mezclan aserciones, elipsis, preguntas, argumentaciones, repeticiones, insistencia... y cuya enunciación, sin llegar hasta el enigma, exige la explicación. Lacan mismo, ya en la apertura de sus *Escritos*, decía “querer llevar al lector a una consecuencia donde le resulte necesario poner de lo suyo” (E. p. 10). Obviamente, es lo menos que podía decir.

No es por nada que haya sido a propósito de Joyce que Lacan hubiera utilizado esa antigua escritura de síntoma, *sínthoma*, aunque el acento puesto sobre el padre que nombra data de *RSI*, el seminario precedente. No recuerdo sino a grandes rasgos esos pasos sucesivos de Lacan y sin explicitarlos, sino para introducir ese diagnóstico tan particular: Joyce el síntoma.

“Sínthoma” es la primera palabra de la primera lección del seminario dedicado a James Joyce pronunciada el 18 de noviembre de 1975. No obstante, en su conferencia publicada en 1979, cuatro años después, y que realmente parece haber sido redactada después del seminario, Lacan abre su ponencia con un “Joyce el síntoma”. Y quienes han seguido el seminario han podido escucharlo alternar las dos pronunciaciones a lo largo del mismo. De ahí la pregunta: ¿es lo mismo y en tal caso se podrá elegir una u otra ortografía; o es que cada ortografía corresponde a una definición que apunta a una función distinta? La pregunta puede parecer abstracta pero lo que está en juego no lo es: no es nada menos que lo que Lacan llamó episódicamente en *RSI* el sujeto real, no el simple sujeto supuesto al significante, sino aquel que tiene un cuerpo para gozar, y para el cual se plantea la posibilidad misma del lazo social. Esos lazos parecen tan precarios hoy en día que la pregunta por el “vivir juntos” está por todos lados. Lacan había abordado primero ese problema con la construcción de sus cuatro discursos, e intentó después situarla a partir del nudo borromeo. Y es que el goce en sí mismo no es ligante, sino más bien pariente de *Tánatos*, Freud lo había captado, es aquel que no tiene más ley que su *fixión* de goce síntoma para permanecer fuera del lazo. De ahí la pregunta por el posible anudamiento entre, por una parte “el goce propio del síntoma. Goce opaco por excluir el sentido” (J/L. p.36), que es entonces lo real disyunto de lo imaginario, del que Joyce atestigua por diversos rasgos; y por otra parte, el sentido que se produce entre lo imaginario y lo simbólico, al cual el psicoanálisis recurre para “resolver” el del síntoma fuera de sentido. Así se encuentra planteada con el nudo borromeo la cuestión de saber cuándo, cómo, en qué condiciones y con qué efectos, esas tres dimensiones pueden mantenerse unidas. Y si es el decir-sínthoma lo que las anuda, no se podrá evitar distinguirlo del síntoma de goce fuera de sentido.

Desde el final de *RSI*, Lacan había concluido que ese anudamiento de tres, real, simbólico e imaginario, suponía un cuarto, al que nombra justamente *sínthoma* el año siguiente. ¿Qué es? Aquí también me ahorro el recorrido, pero al final –ya lo he dicho– es la *dit-mension* del decir y específicamente del decir que nombra. De allí la idea del Padre-sínthoma, lo que no quiere decir que el Padre sea su único modo. Entonces, cuando el nudo está constituido, cada una de las tres dimensiones se encuentra como reconocida por las otras dos. Desde allí, la *dit-mension* del sentido, producida entre simbólico e imaginario, *dit-mension* tan esencial para los hablantes, se encuentra anudada a lo real que está fuera de sentido por definición. Por eso también, el sentido está limitado por lo real, a falta de lo cual la asociación libre productora de sentido que utiliza el psicoanálisis sería demasiado libre como para ser fecunda.



Clínicamente, lo que Lacan puso en evidencia en primer lugar, puesto que entró en el psicoanálisis mediante la consideración de la psicosis con su caso Aimé, son fenómenos inversos. En ese tiempo él no hablaba en términos de desanudamiento sino en término de rupturas de la cadena del lenguaje y de la palabra, o de la falta del punto de almohadillado. Hacía de eso lo propio de la psicosis, como efecto de la forclusión del Nombre-del-Padre. Lo que se extiende desde la alucinación verbal al conformismo “como si” del discurso holofraseado, desde las frases interrumpidas a la logorrea maníaca. Todas manifestaciones de lo que ya denominaba “significante en lo real”, o sea fuera de la cadena. Correlativamente, constatamos lo que puedo llamar una liberación del sentido que, de golpe, emancipado de la cadena del lenguaje, surge por todas partes, y la realidad más neutra se introduce para constituir sentido en la interpretación delirante. Es la prueba por lo contrario de la necesidad del anudamiento.

Hay que decir que la asociación libre que utiliza el psicoanálisis no es justamente libre del todo, y eso lo experimenta cualquier analizante. Esta no da sus frutos sino porque gira en círculo, digamos en el círculo de la fantasía donde la articulación simbólica, el escenario imaginario y lo real del goce están anudados. Entonces, la eficacia de la asociación libre está condicionada por el síntoma anudante, y si el Padre es un tipo de decir-síntoma que anuda, podemos afirmar que el psicoanálisis está colgado (*appendue*) del síntoma-padre, “*dupe* del padre” (J/L. p. 363). Esto nada tiene que ver con la pequeña historia del Edipo, volveré a eso. Importa ver cómo el goce está concernido en el nudo de tres consistencias. Todo goce está configurado, si puedo decirlo así, por “el aparato” del lenguaje (*Encore*. p. 52), pero el nudo aloja goces distintos: goce fálico, “gosentido”, y goce de la letra síntoma son allí solidarios. Es en *Televisión*, en 1973, que Lacan escribe “gosentido”, pero la noción estaba ya en gestación en la primera definición del síntoma como metáfora del trauma (E. p. 518). En los tres casos tiene que vérselas con la “manera en la cual cada uno goza de su inconsciente” (*RSI*, 18 de febrero). Así, según haya o no un síntoma anudante, las modalidades del goce diferirán. Cuando el nudo está hecho, el metabolismo del goce es borromeo, los tres goces son solidarios. A falta del nudo, el goce de las letras fuera de sentido, entre simbólico y real, y el gosentido de la cadena del lenguaje entre simbólico e imaginario, podrán jugar su parte separadamente<sup>5</sup>. Se tratará entonces de la enfermedad de lo real, del goce de lo simbólico realizado/releído (*réellisé*) de la letra, ignorando cualquier otro partenaire y que forcluye la verdad, o –por lo contrario– de la “enfermedad de la mentalidad”, como Lacan la diagnosticó, enfermedad del sentido flotante en un imaginario libre, sin cuerpo, no amarrado a un real.

### **El decir/discurso [di(re)discours]**

Lacan dedicó un cierto tiempo, prácticamente todo el seminario *RSI* (había insistido en eso en *La querrela de los diagnósticos*), a hacer del síntoma-cuarto un decir, y específicamente un decir que nombra, e incluso un otro nombre de aquel que nombra. De golpe, puede haber allí otros síntomas que el síntoma-Padre, porque el síntoma es padre del nombre. El tiempo que le hizo falta a Lacan no fue tanto para concluir con la necesidad del cuarto como para reconocer allí un decir que no necesariamente es el del padre edípico.

---

<sup>5</sup> Soler, C. *Lacan, l'inconscient réinventé*. Paris, Puf, 2009. p. 143 y ss.

En *RSI*, Lacan afirmaba: “Para que se anuden tres, ¿hace falta allí necesariamente uno más, cuya consistencia habría que remitir a la función del Padre? El nudo borromeo demuestra lo contrario” (11/02/75). Y agregaba, en su seminario interrumpido, *Los nombres del padre*, que con ese plural tenía ya la idea de la suplencia posible a ese decir paterno como cuarta consistencia borromea. La prueba es Joyce, justamente, quien renombrándose por su decir rivaliza con el padre borromeo. Volveremos sobre este asunto.

“Especificamos el decir por ser lo que hace nudo”, señala Lacan, mientras que la palabra se desliza. A nivel de la manipulación práctica o de la fabricación material de un nudo borromeo, podemos tener un anudamiento borromeo solamente con tres redondeles o tres cuadrados a condición de que sean formas cerradas, incluso con la forma de una recta infinita. No obstante, a nivel clínico, el decir cuarto se impone indiscutiblemente. En efecto, el nudo borromeo es convocado en el psicoanálisis para dar cuenta de los efectos de una experiencia de palabra, y es necesario que la palabra sea emitida, que haya ahí decir. El “saber hablado” del inconsciente, proviene ciertamente de la lengua, pero supone que de esa lengua haya habido ahí decir. Por otra parte, cuando afirmo que a nivel de la fabricación material del nudo borromeo se puede tener un nudo de tres, eso no es falso, pero ese nudo “hace falta hacerlo”, dice Lacan, y no se trata de una banalidad. Es necesario hacer el nudo, por el decir cuando se trata del hablanteser, por el hacer cuando se trata de anudar los redondeles de cuerda. El camino que Lacan ha sido fue el de explorar los nudos y así las cadenas borromeas que se pueden hacer en la realidad, con las manos, y también dibujar, para esclarecer aquellos que se construyen a partir del decir.

No creo que haya sido Joyce quien le haya inspirado a Lacan esta función del decir; al contrario, es porque él disponía de ella desde “El atolondradicho” que pudo proponer una interpretación de la especificidad joyceana. Pero el decir no debe confundirse con la voz, “el decir es un acto” (*RSI*, 18/5/75). Existencial, es emergencia, elección absoluta de la ocasión. Al principio era el decir, de donde Lacan pasa al *dieure* (dios/decir), el decir hace *dieure*, el creador. Es necesario rehacer el catecismo. ¿Qué es Dios? Dios es decir, el verbo supuesto al decir y no es sino segundo. El significante es ex nihilo, ciertamente, y plantea el problema de la existencia porque siempre podemos hablar de lo que no existe, aunque le haga falta ser emitido, y es el decir el que testimonia de la existencia. “Que se haga la luz”, es un texto, pero es necesario su decir para pasar al “y se hizo la luz”. Dicho de otro modo, en el nudo de tres el decir “queda olvidado” (AE. p. 449). Es el cuarto el que retiene invisiblemente las tres consistencias sostenidas por la palabra. El decir no es palabra, es su emisión, su jaculatoria, dice también Lacan, no los dichos por los cuales los tres pueden ser anudados. Se afirma frecuentemente que no hay dos sin tres, con los nudos no hay tres sin cuatro, siendo tres el mínimo. Así como el tres de la serie de los números enteros supone un cuarto según Frege, quien ha podido demostrar que el cero es un incondicionado de la serie de los números.

Entonces, en lo que respecta al analizante, lo que se hizo o no mediante el decir primordial puede deshacerse o rehacerse por el decir analítico. Un niño es ciertamente en primer lugar un cuerpo, producto de dos organismos, reproducción de los cuerpos, incluso en una copulación fuera del cuerpo, del espermatozoide y del óvulo. Pero el hablanteser no es efecto de la lengua sobre el cuerpo sino porque es hijo del decir familiar, o mejor de la forma en que ha recibido ese decir, el que se replica en el dúo de las palabras de la pareja, ya sea o no discordante. Hay que corregir al respecto la parcialidad de ciertas lecturas de la

conferencia de Ginebra que, poniendo el acento exclusivo sobre el impacto de lalengua sobre el cuerpo, olvidan que la función de lalengua materna depende del acto del decir, de la manera en que ese decir lo ha movilizado en un discurso donde el niño leerá la forma en que ha sido adoptado, dice Lacan; en otros términos, leerá el deseo que lo acogió más allá de haberlo engendrado. Ese nudo del decir, por qué no hablar de *dirésir* (decir/deseo) para condensar decir y deseo, está con lo real de lalengua y lo real del goce en el principio mismo de lo que Lacan evoca como “coalescencia” de la *motérialité* (materialidad de palabra) del inconsciente y del goce. Lacan insiste fuertemente en la idea el 24 de noviembre de 1975 en las conferencias en la Universidad de Yale. No hay lenguaje estructurado sino porque hay decir, o sea sujetos que usan lalengua. Cito: “Lo que creó a la estructura es la manera con la cual el lenguaje emerge al inicio en el ser humano”. Pero, aunque haya también condiciones del cuerpo, el lenguaje no emerge sin el decir de los antecedentes, y concretamente de aquel o aquella que transmite lalengua materna, la que es emitida paralelamente a los cuidados del cuerpo. Los lazos sociales que son los discursos establecidos dependen de eso, porque el semblante que funciona como agente en cada discurso supone un decir que haya cavado el lugar al que dicho semblante viene. Más generalmente, a menudo lo comenté, Lacan conecta la aparición de cada uno de los cuatro discursos con un nombre propio, el nombre portador del decir. Licurgo, Carlomagno, Freud... Sin el decir de Freud no habría objeto causa del deseo en el lugar del semblante, y por lo tanto no habría discurso analítico. Un discurso hace lazo social, eventualmente sin palabra, pero no sin el decir fundador. Entonces, el decir anuda no solamente a las tres consistencias sino también a los hablanteseres entre sí. El discurso analítico es el ejemplo redoblado de ello, puesto que un decir allí tiene efecto sobre otro decir, el del analista sobre el de un analizante. Otro ejemplo es la relación entre las generaciones: allí también el decir parental es la condición lógica de todos los dichos que pueden marcar a la descendencia. El poder de nombrar es el poder de un decir que inscribe, por ejemplo, a un ser en un linaje de deseos, el que es externo al registro del legado de los bienes; y no hay otra existencia que la simbólica. Tenemos incluso el ejemplo de la política donde la violencia nunca es la violencia bruta, sino siempre ordenada en un discurso. A cada cambio de discurso un nuevo amor, decía Lacan en *Aún*. Sí, porque a cada cambio de discurso hay un decir nuevo, haciendo una nueva promesa. El poder del decir existencial es otra contingencia que la del goce como acontecimiento traumático del cuerpo. Y con esta doble contingencia, pues bien, nada está asegurado, toda previsión es desbaratada, pero tampoco nada es excluido. El campo de los posibles está abierto.

Pero la contingencia del decir-sínthoma tiene una superioridad sobre la mera contingencia del goce. En efecto, “el acontecimiento del cuerpo” que es el síntoma no hace lazo social, a lo sumo compromete una voluntad de posesión del otro cuerpo. Pero el sínthoma en tanto decir, que no es simple acontecimiento del cuerpo, incluso si da al goce su modalidad borromea, tiene otra dimensión.